



¿QUIÉN TEME A MARTHA NUSSBAUM?

CARME CASTELLS
Seminari Filosofia i Gènere

Si sólo pudiera emplearse una línea para describir a Martha Nussbaum, profesora de Derecho y Ética en la Universidad de Chicago, cabría decir, sin duda alguna, que es una de las personalidades más relevantes del panorama filosófico mundial actual. En ello concurren la calidad y el rigor de su obra, en la que se pone de manifiesto la amplitud de sus intereses y también, lo que no es menos importante, su decidida voluntad de contribuir a transformar la realidad, al igual que su empeño en resaltar la utilidad práctica de la filosofía como instrumento que puede ayudar a mejorar la vida de las personas, tanto desde un punto de vista individual como colectivo. Podría decirse que sus textos reflejan, de un modo u otro, el espíritu de la conocida máxima de Epicuro, según la cual: “Vacío es el argumento de aquel filósofo que no permite curar ningún sufrimiento humano”.

Martha Nussbaum deja traslucir este empeño en la mayor parte de sus textos, ya sea a los debidos a su vertiente de profunda conocedora del pensamiento clásico –al que acerca a la contemporaneidad, y que le permite elaborar valiosas reflexiones sobre, por ejemplo, el valor cognitivo de las emociones o pensar en qué consiste, hoy, una vida buena y cómo tender hacia ella– o bien en aquellos que corresponden a su faceta de pensadora política, en los que analiza cuestiones que abarcan desde la ciudadanía en un mundo globalizado hasta la situación actual de viejos problemas, como los relacionados con las situaciones de injusticia que padecemos las mujeres.

Si bien un comentario detallado de su bibliografía¹ excedería el alcance de estas líneas, a modo de ejemplo podemos mencionar, de entre el primer grupo, dos grandes obras: *La fragilidad del bien: fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega* (1995), y *La terapia del deseo. Teoría y práctica en la ética helenística* (2003). Entre los segundos encontramos *Las mujeres y el desarrollo humano* (2000), texto que nos presenta Mercè Otero, con entusiasmo, en este mismo número de *Lectora*, y el espléndido volumen *Sex and Social Justice* (1999) en el que la autora reúne quince artículos, en los que se abordan temas como la religión y los derechos humanos de las mujeres; la defensa de los derechos de lesbianas y

¹ Además de las que se aquí se mencionan, hay otras obras traducidas al castellano: *vid.* Nussbaum: 1997, 1999, 2001. Es de esperar una pronta traducción de una de sus últimas obras, *Upheavals of Thought. The Intelligence of Emotions* (2001).

gays o los problemas que plantean los juicios a otras culturas, a partir del caso de la mutilación genital. En esta obra deja traslucir con brillantez no sólo su formación teórica, sino también la experiencia derivada de su colaboración en una agencia internacional para el desarrollo vinculada a las Naciones Unidas, y muestra con claridad que su concepción del feminismo (que describe como “internacionalista, humanista, liberal, interesado en la formación social de las preferencias y los deseos y en la capacidad de empatía” [1999, p. 6]) está estrechamente vinculada a su voluntad de erradicar la injusticia, de contribuir a mejorar la situación real de las mujeres.

Probablemente, esta voluntad de vincular la reflexión feminista con la práctica, con la acción, sea la razón principal que, en noviembre de 1999, le indujo a publicar en *The New Republic*, un artículo titulado “The Professor of Parody”, al que se hace referencia en la entrevista que sigue a estas líneas. En este texto criticaba el tipo de feminismo practicado por autoras como Judith Butler, y expresaba su desacuerdo en términos como los siguientes:

Al parecer, las pensadoras feministas del nuevo estilo simbólico creen que la manera de hacer política feminista es emplear las palabras de manera subversiva, en publicaciones académicas notablemente oscuras y abstractas. Se considera que estos gestos simbólicos constituyen, en sí mismos, una forma de resistencia política, y que, por lo tanto, no es preciso comprometerse con asuntos tan engorrosos como la reforma legislativa o las acciones reivindicativas.

Al propio tiempo, afirmaba que:

La gran tragedia de la nueva teoría feminista en los Estados Unidos es la pérdida del sentido del compromiso público [...]. Esta teoría no contribuye a alimentar a las mujeres hambrientas; no da refugio a las que han sido agredidas, no ofrece justicia a las que han sido violadas y no contribuye a proporcionar protección legal a los gays y las lesbianas.

Como resulta fácil suponer, la claridad expositiva con la que formuló sus críticas contribuyó a desencadenar una acalorada (y, por demás, saludable, en un momento en el que no es extraño oír hablar de “postfeminismo”) controversia sobre el papel y la función de la reflexión feminista contemporánea.

La entrevista “¿Quién necesita la filosofía?” que sigue a estas líneas, realizada por Robert S. Boynton y publicada en *The New York Times Magazine* en noviembre de 1999, constituye una buena aproximación a los intereses y a la personalidad de la autora, que también aquí deja entrever su pasión por la teoría y la práctica filosóficas. Es probable que esta actitud apasionada haya contribuido a crear un fenómeno singular, que se produce a menudo cuando se habla de ella, y que consiste en resaltar su fuerte personalidad y su escasa propensión a “contemporizar”. No deja de resultar curioso este énfasis acerca de su carácter,

pues, por el contrario, los comentarios sobre la mayor o menor afabilidad de sus colegas son bastante menos frecuentes. Sea como fuere, e imaginando las dificultades, ajenas a la actividad filosófica, que probablemente habrá tenido que afrontar, yo prefiero pensarla como una mujer consciente de su valor y del de su trabajo, que ha sabido lograr el respeto y reconocimiento que merece, y no sólo entre la comunidad académica. Y, también, por supuesto, como una autora que nos ofrece muchas cosas que aprender.

* * *

¿Quién necesita la filosofía?

Entrevista a Martha Nussbaum

Como un John Dewey de nuestros días, Martha Nussbaum está decidida a imbuir ciertas dosis de liberalismo práctico a la disciplina de la reflexión filosófica. Los mandarines harán bien en alejarse de su camino. Por Robert S. Boynton.

(Traducción de Carme Castells)

En la época en la que era la estrella de su grupo de teatro universitario, a la filósofa Martha Nussbaum no le seducía la idea de interpretar la Emily de *Our Town*. Su personaje favorito era el Robespierre de una obra en cinco actos escrita en francés de la que ella misma era autora.

Décadas más tarde, recuerda con entusiasmo los paseos sin rumbo por el exclusivo barrio de Bryn Mawr, en Filadelfia, ensimismada en los sacrificios que hizo el francés para hacer realidad sus ideales. “Me fascinaba el dilema en el que se debatía Robespierre, entre anhelar la libertad para todos y al propio tiempo tener que imaginar qué hacer con los individuos que no estaban de acuerdo con sus planes”, dijo Nussbaum hace poco, recordando aquella época. “Todavía sigo pensando en ello”, afirmó.

También recordó la satisfacción que le produjo interpretar el personaje de Juana de Arco, embebida como estaba en la cuestión de “hasta qué punto sacrificar la amistad y la lealtad personal a una causa abstracta”. Aunque al final Nussbaum cambió el escenario por la academia, estas viejas disquisiciones aún le dan que pensar. Así, con la pasión del revolucionario y el celo de la santa inmolada, Nussbaum se ha convertido en la filósofa más importante de Estados Unidos.

Además de producir una ininterrumpida serie de libros y artículos desde las alturas de Harvard, Brown y la Universidad de Chicago, Nussbaum ha cultivado una presencia pública singular, e incluso glamourosa. Ha comentado la tragedia griega con Bill Moyers en la PBS; presentado a Platón en el Discovery Channel y ha sido fotografiada por Annie Leibovitz para su nuevo libro *Women*. Y lo más importante de todo, en su calidad de colaboradora habitual de *The New York*

Review of Books, sus ensayos se han convertido en lectura obligada para todas las personas aficionadas a las controversias intelectuales. Apreciada por su estilo mordaz, se hizo notar por primera vez en 1987 con un devastador ataque contra la conservadora diatriba de Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*. En un artículo en la citada publicación, Nussbaum criticó su propuesta a favor de que las universidades se dedicasen exclusivamente a educar a la élite, y lanzó un ataque en toda regla a Bloom por lo que ella consideraba una interpretación errónea de la filosofía griega. El artículo concluía de la siguiente manera: “Dicho esto, ¿se cuenta Bloom entre los buenos filósofos?”... “No tenemos ninguna razón para pensar tal cosa”.

A primeros de año, Nussbaum apuntó a Judith Butler, la filósofa feminista radical que se ha convertido prácticamente en una autora de culto (gracias a densas monografías como *Gender Trouble*²) por afirmar, entre otras cosas, que la sociedad está construida sobre normas de género artificiales a las que se debe socavar mediante conductas simbólicas “subversivas”, como el transvestismo. Publicado en *The New Republic*, el ensayo de 8.600 palabras de Nussbaum, titulado “The Professor of Parody”, criticaba duramente a Butler por proponer un feminismo “autorreferencial” que inducía a las mujeres a desvincularse de los problemas del mundo real (como el de los salarios inferiores a los de los hombres o el acoso sexual) y refugiarse en la teoría abstracta. “Para Butler”, escribía Nussbaum, “el acto de la subversión es tan fascinante, tan sexy, que pensar en que el mundo pueda ser mejor se convierte en una pesadilla”. Al renunciar a la lucha contra la injusticia en beneficio de un “derrotismo a la moda” Butler, concluía Nussbaum enigmáticamente, “colabora con el mal”.

La reseña fue objeto de réplicas viscerales, y no sólo desde la academia. Los defensores de Butler calificaron el texto de ataque *ad feminam* contra una pensadora innovadora cuya reputación superaba la de la propia Nussbaum. Joan Scott, historiadora del Institute for Advanced Study de Princeton, lo consideró “un acto sumamente grosero y oportunista”. Otros, en cambio, celebraron el ataque de Nussbaum contra la política hermética del posmodernismo. En palabras de la autora feminista Katha Pollit, el artículo “era una hábil crítica, merecida desde hace mucho tiempo”.

Aunque no sería fácil encontrar dos pensadores ideológicamente más dispares que Bloom y Butler, ambos eran culpables –según el implacable juicio de Nussbaum– del mismo delito: eran filósofos mandarines que rehusaban emplear sus teorías para librar la batalla de la libertad, la justicia y la igualdad. Mientras que Bloom era cuando menos escéptico respecto de la relación entre filosofía y democracia (despreciando a quienes osaban extraer alguna enseñanza práctica de sus amados textos griegos), Butler desató las iras de Nussbaum porque afirmaba emplear la filosofía para abordar temas políticos cuando lo que hacía en realidad era manipular la teoría posestructuralista para esquivarlos. “A mi parecer, los artículos sobre Butler y Bloom fueron actos de servicio público”, afirmó. “No obstante, gran parte de la impaciencia que me producen sus trabajos procede de

² Traducción castellana: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México D.F., Paidós, 2001.

mi rechazo a mi educación aristocrática. Todo lo que se constituye como un grupo cerrado o como una élite, ya sea el grupo de Bloomsbury o Derrida, me desagrada profundamente”.

El debate sobre si la filosofía debe ser una especie de coto vedado o bien debe bajar a la arena pública ha estado siempre presente en la historia intelectual estadounidense. En manos de pensadores como Sidney Hook o John Dewey, el núcleo de interés de la filosofía pasó “de los problemas de los filósofos a los problemas de los hombres”, tal como escribió Dewey en *Reconstruction of Philosophy* (1920). Tras la Segunda Guerra Mundial, la corriente principal de la filosofía estadounidense adoptó una línea marcadamente “analítica”, orientándose hacia el estudio de la lógica, la matemática y la filosofía de la ciencia, y manteniendo sólo una leve conexión con el mundo en general. Con la *Teoría de la justicia*, de John Rawls, publicada en 1971, la filosofía analítica inició un cauteloso retorno a su pasado, de mayor compromiso social, empleando el lenguaje analítico para abordar viejas cuestiones de justicia. La obra de Nussbaum ha desempeñado un papel importante en este resurgimiento, pues se ha servido del enfoque liberal de Rawls para analizar cuestiones de género, raza y desarrollo internacional. Para ella, la filosofía debe ser rigurosa y, por encima de todo, útil. Mientras que Ludwig Wittgenstein definía a los filósofos como “basureros que se dedican a eliminar de la mente los conceptos erróneos”, según Nussbaum deberían ser “defensores de la humanidad”, como decía Sócrates, su filósofo estoico predilecto. Obstinada por una parte y sabia por otra, Nussbaum está decidida a conseguir que la filosofía adquiera relevancia en el mundo moderno.

Dada su combatividad teórica, me sorprendió su dulzura al hablar cuando nos encontramos en su espacioso apartamento en el barrio de Hyde Park de Chicago. Vestida con sencillez, con una camiseta blanca y unas mallas de lycra negras, Nussbaum, alta y de aspecto imponente, tiene una mandíbula cuadrada y una cabellera rubia y ondulante que le llega hasta los hombros. Sentada de manera informal en su sofá, tan pronto empezó nuestra conversación advertí que su dulzura era solo aparente. Respondía a cada pregunta con exhaustividad, de forma tan clara y contundente que prácticamente se podían ver las notas a pie de página flotando en el ambiente. Su pelo aún estaba húmedo tras una dura rutina dominical: una carrera de unos quince kilómetros bordeando el lago Michigan seguida por unos ejercicios de levantamiento de pesas a modo de entrenamiento para la próxima maratón otoñal. (Más tarde me dijo que como “detesta los auriculares”, cuando corre recurre a una especie de banda sonora mental, después de haber aprendido de memoria algunos fragmentos de *Las bodas de Fígaro*).

Nussbaum dio clases durante veinte años en Harvard y Brown antes de integrarse, en 1995, en la Universidad de Chicago, donde imparte docencia en las escuelas de derecho y teología, así como en los departamentos de filosofía, clásicas y estudios del sudeste asiático. Sus diversas adscripciones dan cuenta de la amplitud de sus intereses, algo poco frecuente en el mundo académico, sumamente especializado. Mientras que muchos estudiosos dedican sus carreras a estudiar un período o un pensador concreto, Nussbaum (en libros como *La*

fragilidad del bien, Los límites del patriotismo, o su reciente *Sex and Social Justice*) pasa con facilidad de Aristóteles al desarrollo internacional, de Dickens al feminismo contemporáneo.

Cuando le pregunté por qué reaccionó con tanta dureza ante la obra de Butler, frunció el entrecejo, bajó la mirada y habló con la gravedad que uno podría emplear al referirse a una amenaza a la seguridad nacional. “¡Butler es como el flautista de Hamelín, que se lleva todos los niños tras de sí!”, respondió. “Si todas estas buenas personas abandonan la política, quedará poca gente para luchar contra el *mal*”.

En los tiempos que corren no es habitual encontrar a un filósofo que hable con este tono claramente moralizador. “A Martha no le avergüenza confesar que su interés principal es el bien, sobre el que escribe con tanto rigor y pasión”, explicaba su amigo Leon Wieselter, editor literario del *New Republic*. “Para ella, la filosofía es nada menos que una herramienta intelectual para mejorar la humanidad”.

Sin embargo, su apasionada retórica puede llegar a irritar a sus colegas. Por ejemplo, el crítico literario Stanley Fish calificó de “estrambótica” la voluntad de Nussbaum de hacer de la filosofía algo útil. “Al fin y al cabo, lo que la filosofía nos enseña a hacer es... más filosofía; no nos hace ser mejores en ningún otro aspecto de la vida pública”. El filósofo Richard Rorty también manifestó sus reservas sobre sus “airados y despectivos” ataques contra sus colegas. “Su tono parece dar a entender que discrepar de sus ideas supone poner en peligro el vínculo social”, afirmó. Para otros, los ataques contra Nussbaum se deben a los celos. En este sentido, G.W. Bowersock, historiador del Institute for Advanced Study, afirmó que “en el mundo académico hay muchos pusilánimes que se sienten intimidados por Martha porque es capaz de hacer muchas cosas y muy bien”.

Dada la preocupación de Nussbaum por todo lo relacionado con la utilidad de la filosofía, no resulta sorprendente su profunda vinculación con la facultad de derecho de la Universidad de Chicago –una controvertida institución en la que se han formado algunos de los más brillantes teóricos del derecho y jueces del país. En Chicago, la teoría nunca dista mucho de la práctica. El juez del Tribunal Supremo Antonin Scalia impartió clases allí; el juez federal Richard Posner (con quien Nussbaum impartió un curso sobre el filósofo francés Michel Foucault) fundó el movimiento “derecho y economía” en esas aulas. Otra personalidad destacada es la de la especialista en derecho Catharine MacKinnon, responsable de los proyectos de algunas de las leyes contra la pornografía más duras de la nación.

Nussbaum cree que una de las formas más eficaces en las que puede contribuir a cambiar la vida pública es impartiendo clase en la facultad de derecho. “Muchos de mis estudiantes acabarán siendo funcionarios, jueces e incluso legisladores”, afirma. “En la actualidad, tres de mis colegas son jueces federales, y cuando me siento a hablar con ellos también espero poder cambiar su punto de vista sobre algunas cuestiones”.

La tarea de Nussbaum como “defensora de la humanidad” procede, básicamente, de la tradición política liberal, que se extiende desde John Stuart Mill

hasta John Rawls. Esta tradición hace hincapié en el igual valor de los individuos y en la inviolable libertad de escoger el propio camino en la vida, con independencia de género, clase, orientación sexual, raza o nacionalidad. Aunque a las personas no versadas en la materia este punto de partida pueda parecerles obvio, la insistencia con la que Nussbaum aplica su filosofía “universal” levanta ampollas entre un *establishment* académico siempre receloso de los juicios interculturales.

En 1986 Nussbaum fue invitada por el economista Amartya Sen (que recibió el Premio Nobel en 1998 y con quien mantuvo una relación sentimental) a trabajar en el World Institute for Development Economics Research de las Naciones Unidas, cuyo objetivo era encontrar alternativas a las teorías dominantes sobre el desarrollo internacional, la primera de las cuales consiste en la opinión, común entre los economistas, según la cual la única forma fiable de medir el progreso social, económico y político de un país es su PNB; la segunda es la postura relativista que considera que los occidentales deben abstenerse de juzgar a las culturas extranjeras.

Para contrarrestar tales posturas, Nussbaum y Sen promovieron el llamado “enfoque de las capacidades” para el desarrollo, enumerando un conjunto universal de valores –el derecho a la vida, a la salud e integridad corporal; el derecho a participar en política, el derecho a la propiedad– que pueden emplearse para juzgar la calidad de vida en *cualquier* sociedad. En *Sex and Social Justice*, Nussbaum escribió que: “a diferencia de la pauta del PNB *per capita*, que se centra en la riqueza, el enfoque de las capacidades nos interroga sobre la distribución de recursos y oportunidades... E invita a examinar detenidamente la tradición cultural como una de las fuentes principales de desigualdad”. Por ejemplo, una mujer india rica puede tener menos “capacidad” que una mujer sueca pobre, a causa del sexismo de la sociedad en la que vive.

Como parte de su investigación, Nussbaum viajó con frecuencia a India para estudiar los problemas de las mujeres pobres del país, dedicándose a asesorar programas encaminados a incrementar la alfabetización femenina y la penalización legal de la violencia doméstica. Nussbaum tiene poca paciencia con quienes la acusan de imponer valores “extranjeros” a otras culturas. “Es mejor arriesgarse a que los críticos nos envíen al «infierno» de los presuntos occidentalizadores e imperialistas –escribió en *Sex and Social Justice*– que perder el tiempo esperando el momento en que a todo el mundo le guste lo que vamos a decir”.

El universalismo basado en los derechos también sirvió a Nussbaum para reforzar sus argumentos a favor de la igualdad de los homosexuales. En 1993, se le requirió para actuar como testigo de la acusación en el caso de Romer contra Evans, en la que se ponía en cuestión una enmienda del estado de Colorado que pretendía derogar las leyes locales que protegían a los homosexuales de la discriminación. Cuando se dispuso a prestar su declaración, Nussbaum descubrió que la carrera del filósofo políticamente comprometido estaba llena de peligros. Como nunca había estado ante un tribunal, no sospechaba lo poco que se parecía un interrogatorio hostil a las preguntas que suelen plantearse en un seminario. Ya en el estrado, Nussbaum citó textos clásicos para argumentar que no había ningún

precedente antiguo que negase la igualdad a los homosexuales. “Platón, en sus diálogos, se refiere repetidas veces al amor entre hombres con palabras sumamente conmovedoras”, explicó Nussbaum, “y considera que esa forma de amor es, en su conjunto, superior al amor entre hombre y mujer por su potencial espiritual y fraterno”. Su testimonio fue atacado por diversos eruditos conservadores que la acusaron de tergiversar las palabras de Platón, y ello hizo que Nussbaum y sus críticos se intercambiasen acusaciones de libelo y perjurio –respecto de la interpretación de un diálogo platónico especialmente difícil– antes de que el Tribunal Supremo desestimase la ley por anticonstitucional. Cuando le pregunté si creía que su reputación académica se había visto empañada por tantas injurias, Nussbaum me pasó el artículo de 136 páginas que publicó en una revista de derecho, marcado con decenas de Post-it de color rosa. “Si lo lee verá que todos mis argumentos eran buenos y válidos”, repuso tajantemente.

El linaje “aristocrático” de Nussbaum proviene de su familia materna, cuyos orígenes se remontan al Mayflower. Su padre, George Craven, sudista conservador, llegó a ser un próspero abogado en la división de derecho de sucesiones de un gran gabinete de Filadelfia. La joven Martha se rebeló desde el principio y, para gran disgusto de su padre, se convirtió en una de las activistas a favor de los derechos humanos que en aquel entonces se movían por Bryn Mawr. En una ocasión, invitó a una compañera negra a su casa. “No vuelvas a traer a una persona negra a nuestro hogar”, le riñó su padre.

Martha Craven se enamoró del teatro mientras cursaba sus estudios en la Baldwin School, en Bryn Mawr, en la que escribió su obra en francés. Posteriormente se matriculó en Wellesley, donde cursó dos años frustrantes, tras los cuales se unió a una compañía de teatro de Michigan que representaba tragedias griegas. Actuó en *Las aves*, de Aristófanes, y en la *Orestíada*, protagonizada por Bert Lahr y Ruby Dee. Posteriormente, se matriculó en la escuela de arte dramático de la New York University, donde se dio cuenta de que prefería estudiar las obras a actuar en ellas, trasladando su expediente al departamento de clásicas, en el que obtuvo su licenciatura en humanidades.

A su padre, protestante, le horrorizó que Martha, mientras estaba en la NYU, decidiese casarse con un judío llamado Alan Nussbaum, un lingüista que conoció en una clase de composición en prosa griega. Pero Martha era una conversa convencida. “Tenía un intenso deseo de unirme a los débiles y luchar por la justicia solidarizándome con ellos”, escribió. En su opinión, el judaísmo ofrece un sentido de comunidad del que careció en su infancia. “Leí a Martin Buber y comprendí que casi todas las relaciones que mantuve en Bryn Mawr eran del tipo Yo-ello, y carecían de cualquier atisbo de genuina humanidad”, escribió. Su matrimonio con Alan Nussbaum llegó a su fin en 1987.

El hecho de destacar como estudiante de clásicas en Harvard no la libraba de disgustos. Cuando se convirtió en la primera mujer elegida para la prestigiosa Society of Fellows (que concede a sus estudiantes una beca de tres años) se planteó la cuestión de cómo llamarla. “Alguien sugirió que, puesto que el masculino para *fellow* era *hetairios*, a mi debían denominarme *hetaira*, término que, como yo sabía muy bien, no tenía nada que ver con ‘compañera’ sino que, en realidad, significaba ‘prostituta’ en griego”, explicó. “Harvard no me gustaba”. No

estaba de acuerdo con los clasicistas. “Eran antisemitas, racistas y sexistas y sentía verdadera antipatía hacia ellos”. El nacimiento de su hija, Rachel, hizo aumentar su determinación de demostrar su valía en un bastión masculino. En una foto suya en el hospital maternal se la ve sosteniendo con orgullo un ejemplar de *La Política* de Aristóteles.

A finales de los sesenta, el estudio de la literatura clásica era una cuestión básicamente filológica, y como a Nussbaum le interesaban cada vez más las ideas de Platón y Aristóteles, empezó a asistir a las clases del departamento de filosofía de Harvard. Además de que la mayor parte de sus miembros eran judíos, el departamento tenía un carácter más abierto a las investigaciones interdisciplinarias. Nussbaum escribió su tesis doctoral sobre un tratado de Aristóteles, pero también empezó a escribir artículos sobre Henry James y Proust, lo que muestra la amplitud de sus intereses literarios y filosóficos.

Lamentablemente, esta amplitud de intereses, que con el tiempo se convertiría en uno de sus rasgos más característicos, le supuso la aparición de problemas de carácter profesional. Aunque inicialmente, en 1975, Harvard le propuso dar clases de filosofía y de clásicas, en 1982 el departamento le negó la renovación. La experiencia fue demoledora para ella; incluso consideró la posibilidad de entablar un proceso por discriminación sexual. En lugar de ello, se marchó a la Brown University, en la que impartió clases hasta su traslado a Chicago, hace ya cuatro años.

En mi último día en Chicago, asistí a una de las clases sobre John Rawls y el liberalismo político que Nussbaum impartía en una de las aulas en forma de herradura del seminario de la facultad de derecho. La sesión se dedicaba a examinar el estatus de la familia en la filosofía política liberal. “¿Qué representaría que los principios de justicia se aplicasen a la familia?”, preguntó. Ella y sus estudiantes se enzarzaron en un animado debate sobre la tensión entre la familia y el Estado: ¿Es la familia una asociación voluntaria privada, o debe ser regulada por el gobierno? ¿Un niño debería poder elegir su propia educación o religión?

En sesenta y cinco vibrantes minutos, Nussbaum se planteó la utilidad de la idea de “familia” en los Estados Unidos de hoy, argumentando con el apasionamiento de un legislador. “Quizá debamos abandonar la idea de familia de una vez por todas”, propuso, “y en lugar de ella preguntarnos por los diversos objetivos y capacidades que las personas tienen en este tipo de asociaciones”. Si empleásemos una noción más flexible de familia, ¿cambiaría eso la posición del Estado en temas como la adopción por parte de parejas homosexuales o la inmigración? “¿Cuáles son las implicaciones prácticas de mi enfoque? ¡*Realmente* me gustaría saberlo!”. Su voz se elevó mientras algunas personas de la clase se reían por lo bajo ante la contundencia de sus palabras.

Después de clase, sentado en su despacho repleto de libros, le pregunté si no creía que, a veces, se tomaba la filosofía demasiado en serio. ¿Es que no había casos en los que la teoría no tenía forzosamente que beneficiar a la humanidad de un modo concreto? En mi caso, gran parte del placer que me proporciona el estudio de la filosofía, a menudo se debe precisamente a que me ofrece una forma

de abstraerme del mundo. ¿Acaso esta concepción más puramente estética de la vocación del filósofo no merece la misma dedicación?

Nussbaum no compartía en absoluto esta opinión. “Sea cual fuere tu postura”, dijo, “la siguiente pregunta sencillamente tiene que ser «¿Cómo sería el mundo si verdaderamente esta idea se hiciera realidad?»”. Arrogante o no, su objetivo académico no es impresionar a sus colegas o aumentar su prestigio, sino influir en las generaciones venideras, “sentando las bases” de un mundo más justo. “Lo que realmente importa es lo que sucede a largo plazo”, dijo Nussbaum. “Una nunca sabe cuándo o cómo sus ideales se convertirán en realidad”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

NUSSBAUM, Martha (1995), *La fragilidad del bien: fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*, Madrid, Visor.

— (1997), *Justicia poética*, Barcelona, Andrés Bello.

— (1999), *Los límites del patriotismo: identidad, pertenencia y "ciudadanía mundial"*, Barcelona, Paidós.

— (1999), *Sex and Social Justice*, Nueva York, Oxford University Press.

— (2000), *Las mujeres y el desarrollo humano*, Barcelona, Herder.

— (2001), *El cultivo de la humanidad: una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*, Barcelona, Andrés Bello.

— (2003), *La terapia del deseo. Teoría y práctica en la ética helenística*, Barcelona, Paidós.